

Regueira, Inés Elena

Hamlet : ¿una respuesta al mito del poder?

I Jornadas : Literatura, Crítica y Medios : perspectivas 2003

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Regueira, Inés Elena. "Hamlet: ¿una respuesta al mito del poder?." Ponencia presentada en las Jornadas de Literatura, Crítica y Medios: perspectivas 2003, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina. Buenos Aires, 2003. [Fecha de consulta] <<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/hamlet-respuesta.pdf>>

(Se recomienda ingresar la fecha de consulta antes de la dirección URL. Ej: 22 oct. 2010).

Hamlet: ¿una respuesta al mito del poder?

Inés Elena Regueira
Universidad de Buenos Aires - Consudec

Introducción

Nuestra cultura occidental parte de varios presupuestos que de alguna manera podemos considerar mitos por la fuerza que ejercen en nuestras conciencias y por la falta de cuestionamiento con que los aceptamos. Ferrater Mora cita a Ernst Cassirer y dice:

Según dicho autor, hay un principio de formación de los mitos que hace que éstos sean algo más que un conjunto accidental de imaginaciones y fabulaciones. La formación de mitos obedece a una especie de necesidad inherente a la cultura, de modo que los mitos pueden considerarse como supuestos culturales. (1999: 2423)

Más adelante, analizando la visión estructuralista de los mitos de Lévi-Strauss, agrega “Aunque los mitos no son estructuras lógicas, su constitución, desarrollo y transformación están sometidos a reglas operacionales que pueden expresarse lógicamente.” (2424). En un artículo académico de la publicación *Library Trends* (1999: 485-506) Tidline, T. J. de la Universidad de Illinois, utiliza el análisis de Girling (1993) en *Myths and Politics in Western Societies* (*Mitos y Política en las Sociedades Occidentales*) para redefinirlos como los intentos de los pueblos para aceptar las poderosas fuerzas económicas y políticas, los mitos explican y reflejan la historia y representan un conocimiento compartido. Por eso, aún en este siglo, los mitos estructuran la experiencia humana.

Es esta visión del mito la que explica para mí la confianza que depositamos en la democracia y en la división de funciones dentro del gobierno que nos indica Platón en la *República*. Como todos sabemos, expresa que son los filósofos los que deben gobernar las ciudades y las Notas de Luis Farré (Eudeba, 1975: 332) refieren en este punto que “el “rey filósofo” ha sido desde Platón un tópico ideal entre los pueblos.

Desde estas concepciones propongo una lectura de *Hamlet* que considere otra connotación de la negativa del príncipe a tomar ese poder que le es propio, la corona de Dinamarca. Harold Bloom (2001:23) recuerda a T. S.

Eliot en su observación “de que lo más que podemos esperar es equivocarnos sobre Shakespeare de una manera nueva”, y agrega “Propongo únicamente que dejemos de equivocarnos sobre él dejando de intentar acertar”. Así comienza una nueva recorrida por las líneas de esta obra que ha dado tanto análisis y tanta especulación a sus lectores y audiencia.

El intelectual y el poder

La primera escena del primer acto nos muestra cómo la aparición del Espectro requiere de la confirmación y de la explicación de Horacio simplemente porque es un estudioso, un hombre de la filosofía, compañero de Hamlet en la universidad. Cuando el fantasma aparece, Marcelo dice: “Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.” (1969, I, i: 42), otorgándole de esta forma el poder del conocimiento que lo faculta para explicar situaciones que otros no comprenden. También es notable cómo la explicación de Horacio sugiere una conexión con el estado de Dinamarca y su destino, “mi rudo pensamiento pronostica alguna extraordinaria mudanza a nuestra nación” (1969, I, i:69). Lo dicho y la subsiguiente explicación del estado de preparación para la guerra provienen de labios de Horacio y su verosimilitud es indudable porque es un estudioso, la audiencia sabe que puede confiar en él. Así también él mismo nos brinda una presentación de Fortimbras como un joven fogoso y dispuesto a todo para recobrar las tierras que su padre había perdido. La discusión sobre el derecho a ejercer el poder aparece ya en esta primera escena como una cuestión de estado, y la actitud de Fortimbras ya perfila la contradicción con la conducta de Hamlet. La segunda escena vuelve a introducir el tema de la impetuosidad y el atrevimiento de Fortimbras e inmediatamente después el rey se dirige a Hamlet, a quien no hemos conocido aún, y lo acusa de tener “un corazón débil, un alma indócil, un talento limitado y falta de luces” (1969, I, ii: 96-97). Esta descripción tan alejada de la realidad, como comprobará la audiencia en poco tiempo, sirve para cimentar nuestra desconfianza del Rey.

En el transcurso de toda la obra Hamlet se muestra precisamente como el pensador por excelencia, cuestionándose todo y, como dice Bloom, “La conciencia es su característica más acusada; es la figura más alerta y

conocedora que se haya concebido nunca.”(2001: 415), “una conciencia que parece espiarse a sí misma” (421). Es así que este pensador, filósofo, es el personaje destinado a ser rey de Dinamarca, a quien el trono le corresponde por legítimo derecho y quien tiene una justificación para arrebatarlo de su tío quien, como le revela el Espectro, mató a su padre. Éste es el “rey filósofo” de Platón. A medida que lo conocemos, más confiamos en él, incluso cuando sus actos se transforman en criminales. Vuelvo a citar a Bloom: “el mundo en su mayoría ha estado de acuerdo en amar a Hamlet, a pesar de sus crímenes y errores [...] puesto que nuestra conciencia no puede extenderse tan lejos como la suya [...] veneramos (de una manera secular) esa conciencia casi infinita [...]” (2001: 431). Nuestra interpretación de la famosa frase “Hay algo podrido en el estado de Dinamarca” (1969, I, iv: 90) es precisamente que el poder no está en las manos correctas, debe ser Hamlet el que lo detente y ejerza. Al finalizar el primer acto ya estamos atrapados por la profundidad del pensamiento del Príncipe y deseamos con él la venganza que llegará con “alas veloces como la fantasía” (1969, I, v: 29-30).

El segundo acto vuelve a presentar a Fortimbras, esta vez simulando acceder a la orden de su tío de abandonar sus pretensiones sobre Dinamarca y queriendo marchar contra Polonia. No sólo sigue este personaje, que no veremos hasta el final de la obra, acrecentando su imagen de hombre de acción, sino que también como descubriremos más tarde, poniendo en práctica argucias políticas para obtener su objetivo y desconcertar a su enemigo. Este acto también sirve al propósito de mostrar la incapacidad de Polonio como asesor del rey, y del mismo rey, que escucha a este asesor, confirmando de esta manera nuestra confianza en lo acertada que sería la coronación de Hamlet.

El tercer acto despliega el Hamlet que fascina y confunde, el gran pensador y el cruel misógino, el autor teatral y el actor, el que decide sobre la vida y la muerte de otros, el hijo que juzga, ama, obedece y protege a su madre. En todas estas representaciones diferentes, Hamlet juega su poder sobre los otros. Si seguimos a Foucault (1982: 208) y analizamos las relaciones de poder a través de las estrategias de antagonismo, veremos cómo en cada caso, Hamlet se hace dueño de las estrategias del poder dominante. Con Ofelia descarga una artillería de crueldad que desconcierta a la joven y la

reduce a la tristeza. La segunda escena presenta un director teatral que da indicaciones con seguridad y conocimiento, lo cual lo coloca inmediatamente en otra situación de dominación sobre los actores que lo respetan y obedecen. La relación con Horacio es también de desigualdad, porque está teñida de la admiración profunda de Horacio hacia Hamlet y éste sabe que puede confiar incondicionalmente en su admirador. Luego también vemos al gran actor que Hamlet puede ser engañando a Rosencrantz y a Guildenstern con su fingida locura. Hamlet también ejerce el poder sobre su tío al decidir no matarlo cuando lo encuentra rezando, y sobre Polonio, a quien mata por error pero sin remordimientos cuando reconoce a su víctima. La relación con su madre es por fuerza más confusa, pero sin embargo logra dominarla y reducirla a su voluntad. De todas maneras, todas sus estrategias de dominación no buscan obtener el poder político, Hamlet en realidad quiere dominar su mente, su existencia. Lo expresa en el reconocido soliloquio "*To be, or not to be*" (1968, III, i: 56-88) en el cual se queja de que la conciencia nos hace a todos cobardes, la prudencia oscurece la resolución y las grandes empresas pierden, debido a ellas, el nombre de acción. Este testimonio refuta al mito platónico, Hamlet reconoce que el poder no debe ser ejercido por los filósofos, sino por los hombres de acción. Como también dice Foucault, los pensadores tienen otra función, y el intelectual no tiene un rol de consejero, sino que es quien puede ofrecer los instrumentos de análisis de la realidad. Ésta creo que es la respuesta de *Hamlet* a la prescripción platónica de la función de los filósofos.

EL EJERCICIO DEL PODER

El cuarto acto marca otro aspecto del poder público, el amor del pueblo y su fragilidad. En la tercera escena el Rey menciona este sentimiento del pueblo de Dinamarca por Hamlet y agrega que "Es muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razón [...]"(1969, IV, iii: 4-5). Esta visión del apoyo popular se reitera en la escena siguiente, cuando Laertes entra al palacio seguido por una multitud que lo viva como rey (1969, IV, v: 94-107). Éste es también un aspecto del poder que Hamlet puede disfrutar, si quiere; él también tiene carisma y es apreciado por el pueblo, las relaciones de poder que son tan complejas cruzan siempre el camino de Hamlet. Pero, sin

embargo, al Príncipe lo persiguen las dudas, en su encuentro con las tropas de Fortimbras vuelve a cuestionar su demora en actuar, la visión de esos hombres dispuestos a morir por una tierra sin valor, defendiendo el honor de un derecho agraviado, acrecienta su disgusto por sí mismo y se increpa reclamando que sus pensamientos sean sangrientos. (1969, V, iv: 32-66)

De esta forma, en el quinto acto encontramos a Hamlet dispuesto a actuar. Aquí se reconoce como el rey cuando salta dentro de la tumba de Ofelia, “Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca” (1969, V, i: 238-239). Y finalmente decide desafiar los presagios y estar preparado para lo que pudiera ocurrir, va a participar en el devenir de los hechos, va a actuar.

La muerte de Hamlet no cierra la obra, antes de morir él dispone quien contará su historia y perpetuará su nombre y también quién ocupará el trono de Dinamarca, y vemos cómo su voluntad se concreta. Es importante señalar que Fortimbras dispone que se le rindan los tributos del soldado y agrega: “¡Si él hubiese ocupado el trono, sin duda habría sido un excelente monarca!” (1969, V, ii: 379-380). En el final de su vida, Hamlet es reconocido como un soldado, un guerrero, un hombre de acción y como tal se cree que hubiera sido un excelente monarca. Nuevamente los atributos de un buen rey están unidos a la acción, la resolución, la capacidad de resolver situaciones complejas y adversas. Hamlet sólo logra estas conductas cuando abandona al filósofo, al hombre de “intelecto penetrante”, al “que ve a través de la humanidad” en palabras de Wilson Knight, al que posee “el verdadero conocimiento, una visión de la horrible verdad” como lo define Nietzsche. Por eso acuerdo con Harold Bloom cuando sostiene:

Pero se nos dificulta ver a Hamlet como un posible rey, y pocos espectadores y lectores se inclinan a estar de acuerdo con el juicio de Fortimbras de que el príncipe se hubiera unido a Hamlet padre y a Fortimbras como un regio machacador de cabezas más (2001: 432).

EL MITO DEL PODER

Shakespeare siempre tiene respuestas y también siempre crea dudas nuevas, horizontes posibles de lectura que amplían nuestro pensamiento y nuestra concepción del mundo. En estos momentos de cambio, de globalización y de cuestionamientos es posible repensar nuestras convicciones

acerca del poder y de los hombres en quienes lo delegamos. Hamlet no sólo elige a Fortimbras, quien puede ser su opuesto, sino que además critica su propia actitud reflexiva y cuestionadora como aquella que pospone la acción necesaria y que, a su vez, puede contribuir a grandes tragedias, como las muertes en el estado de Dinamarca. Expresa sus dudas acerca de lo apropiado de su privilegiado pensamiento sin la acción necesaria, “Aquel que nos formó dotados de tan extenso conocimiento [...] no nos dio esta facultad [...] para que estuviera en nosotros sin uso y torpe” (1969, IV, iv: 36-39), y luego, “yo no sé para qué existo, diciendo siempre: «Tal cosa debo hacer», puesto que hay en mí suficiente razón, voluntad, fuerza y medios para realizarlo.” (1969, IV, iv: 43-46). ¿Será entonces como dice Hamlet que lo intelectual por sí solo no alcanza para resolver nuestras dificultades? ¿Podemos concluir así que el “rey filósofo” de Platón es solamente un mito?

Queda la duda, la reflexión. Como dice nuestro Príncipe antes de morir, “El resto es silencio” (1969, V, ii: 340).

Las líneas indicadas en las citas de *Hamlet* corresponden a: Shakespeare, William. 1968. *Hamlet*. Hong Kong: Longman Group Ltd. 7ma. edición. 1976.

BIBLIOGRAFÍA

- BLOOM, Harold. 1998. *Shakespeare. La Invención de lo Humano*. Bogotá: Editorial Norma, 2001.
- FERRATER MORA, José. 1994. *Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Editorial Ariel. Primera Edición en Ariel Filosofía. 1999
- FOUCAULT, Michel. 1982. *The Subject and Power*. Chicago: University of Chicago.
- PLATÓN. 1963. *República*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, Octava Edición. 1975.
- SHAKESPEARE, William. 1968. *Hamlet*. Hong Kong: Longman Group Ltd. 7ma. edición. 1976.
- _____. 1969. *Teatro Selecto*. Trad.: R. Martínez Lafuente. Buenos Aires: El Ateneo, 7° ed.: 1976.
- TIDLINE, Tonyia. 1999. “The Mythology of Information Overload”, en: *Library Trends*. University of Illinois, 47:3, 1999, pp. 485-506.